

imperfecta. La inteligencia no ha salido todavía del molde escolástico; Aristóteles sigue siendo en la Universidad el maestro de la dialéctica y de la física y ha llegado a serlo también de la política; Gilles de Roma, Buridán de Bethune, Nicolás de Autricourt y Oresme proclaman su autoridad y comentan sus obras, y de él proceden directamente los tratados de política y de moral. Ahora bien: la enseñanza de Aristóteles, con las formas dogmáticas é imperiosas que había adoptado, no podía ser una inspiración suficiente de humanismo; la mayor parte de los que pedían á la antigüedad procedimientos intelectuales y textos de moral y de edificación no sabían comprenderla ni disfrutar de ella.

Y sin embargo, este contacto con lo antiguo empieza á producir frutos nuevos. A fines del siglo, entre la multitud de eruditos escolásticos aparecen dos ó tres humanistas, es decir, inteligencias que buscan y encuentran en las letras antiguas una manifestación de humanidad. Gontier Col, secretario del rey y del duque de Berry, de quien es más fácil reconstituir la actividad diplomática que la vida intelectual, debía sentirse singularmente enamorado de la antigüedad, puesto que llevaba siempre consigo sus autores predilectos, poseía un rarísimo manuscrito de Plinio *el Joven*, el único que conoció Nicolás de Clamanges, y no podía vivir sin su amado Virgilio, que se aprendía de memoria y á quien admiraba como maestro de todo saber, de toda elocuencia y de toda poesía.

Juan de Montreuil, también secretario del rey y diplomático, gustaba de llamarse discípulo de Gontier Col. En 1412 fué á Roma, en donde conoció á Leonardo *el Aretino*, y á Florencia, en donde frecuentó el trato de Nicolás Niccoli; fué además amigo de Coluccio Salutati, y *el Aretino* le declaró «hombre lleno de humanismo.» Montreuil, en sus cartas, ha referido su vida intelectual: se pasa largas horas, nos dice, leyendo autores antiguos «y tiene á mayor gloria y como mayor delectación saborear y gustar sus pensamientos que acumular honores y riquezas.» Es apasionado entusiasta de Cicerón: «¡Oh, Marco Tulio! Fuerza es celebrarte eternamente. ¿Quién ha trasladado elegantemente la filosofía del griego al latín? Tulio. ¿Quién ha practicado la retórica? Tulio. ¿Quién la ha exaltado? Tulio.» Las obras *De Natura Deorum*, *De Divinatione*, *De Legibus*, le enseñan á vivir honrada y honestamente lejos del vulgo corrompido. Montreuil busca los discursos, las cartas, las obras todas de su autor preferido, y tan ávido se muestra de ellas, que un calumniador le acusa de haber robado un manuscrito de Cicerón. También le gustan Virgilio, Horacio, Tito Livio y exalta á Terencio: «¡Oh días perdidos, los días en que no te veía, muy dulce, muy grande, muy elegante y muy elocuente Terencio, de quien Horacio ha dicho que eres el más hábil de los hombres!» Esta férvida admiración, este coloquio íntimo con los poetas y los oradores latinos, esta comunión de pensamientos con ellos, son cosas nuevas en Francia. Como Gontier Col y Nicolás de Clamanges, Montreuil es un precursor.

Al mismo tiempo se cultivó y alambicó la ciencia de los dos últimos siglos, especialmente del XIII: copiáronse de nuevo y se comentaron á menudo algunas antiguas compilaciones científicas y morales, como las *Sentencias* de Pedro Lombardo, la *Polícrática* de Juan de

Salisbury, el *Tesoro* de Brunet Latin, la *Intima al Rey* de fray Lorenzo, el *Libro de las propiedades de las cosas* de Bartolomé de Glanville, la *Imagen del mundo*, la *Fuente de todas las ciencias* de Sidrac, los *Specula* de Vicente de Beauvais, el *Libro de los secretos de los filósofos* y el *Libro de la información de los príncipes* de Gilles de Roma. En estas compilaciones creían encontrar la ciencia las inteligencias de la época, que se contentaban con sobrada facilidad.

Entre los libros del siglo precedente, hubo uno que todo el mundo leyó, admirándolo unos, y otros discutiéndolo: fué el *Romance de la Rosa*, cuya segunda parte, con su ciencia pedante, sus alegorías y sus artificios llegó á ser una nueva Biblia, siendo su autor, Juan Clopinel de Meún, considerado como un verdadero profeta. La influencia de esta obra se dejó sentir especialmente en los poetas y en los moralistas. El fervor de que gozara el *Romance de la Rosa* hasta dió lugar á fines del siglo XIV á una ardiente controversia moral y literaria: Juan de Meún había atacado cínicamente á las mujeres; Cristina de Pisán quiso vengar á éstas de las ruines maledicencias de aquél, y Gerson, que acudió en ayuda de Cristina, arremetió contra Clopinel, á quien acusó de impío é inmoral. El *Romance de la Rosa*, que Petrarca tenía en mucha estima, fué valientemente defendido por los humanistas, por Juan de Montreuil, Gontier y su hermano Pedro Col, quienes perdonaban á esta obra su pesadez, sus debilidades, su cuadro de alegorías complicadas, en gracia al espíritu atrevido, independiente y revolucionario que la informaba y que sus claras inteligencias de humanistas saboreaban ávidamente (1).

IV.—Poesías épica, lírica y dramática (2)

A juzgar por los nombres patronímicos que estaban en predicamento entre los nobles, por las pinturas, vidrieras y tapices que decoraban los palacios y los castillos y sobre todo por el gran número de manuscritos de las bibliotecas de reyes y príncipes, los largos poemas épicos de los siglos anteriores gozan todavía de gran favor en la sociedad del siglo XIV. Pero si subsiste en todo su vigor el gusto por esa literatura, en cambio ésta ha perdido su fuerza creadora. Los retocamientos tardíos de *Ogier*, de *Rolando*, del *Viaje de Carlomagno*, del *Caballero del Cisne*, ó los poemas originales como *Hugo Capeto*, *Carlos el Calvo*, *Ciperis de Vigneaux* y *Florencio de Roma*, son otros tantos productos de plena decadencia.

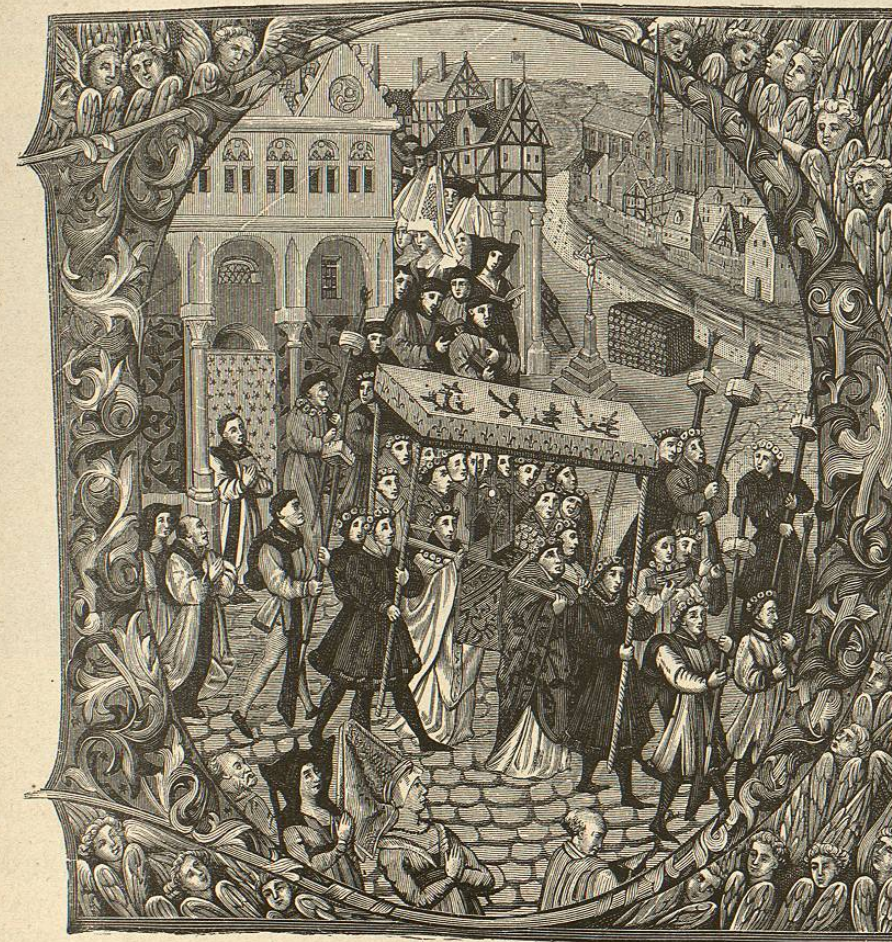
(1) Piaget, *Chronologie des Epîtres sur le Roman de la Rose*, «Etudes romanes dédiées á Gaston Paris,» 1891.

(2) FUENTES.—Guillermo de Machant, *Oeuvres choisies*, edición Tarbé, 1849. Froissart, *Poésies*, edición Scheler, 1870-1872, y *Meliador*, edición Longnón, 1898-1900. Eustaquio Deschamps, *Oeuvres*, edición Queux de Saint-Hilaire, en curso de publicación desde 1879. Cristina de Pisán, *Oeuvres poétiques*, edición Roy, en curso de publicación desde 1886. *Les miracles de Notre-Dame*, edición G. Paris y U. Robert, 1876-1893.

OBRAS DE CONSULTA.—*Histoire littéraire de la France*, tomos XXXVI y XXXVII, 1873-1898. E. Langlois, *De Artibus rhetorice rhythmica*, 1892. Piaget, *Le Chapel des fleurs de lys de Philippe de Vitry*, «Romania,» XXVII, 1898. Sarradin, *Eustaquio Deschamps*, 1879. F. Koch, *Leben und Werke der Christine de Pisan*, 1885. Petit de Julleville, *Les Mystères*, 1880. Cle-dat, *Le Theatre au Moyen Age*, 1896.

Las leyendas de la Tabla Redonda tales como el tiempo las había formado ó deformado, respondían mejor al ideal cortés y caballeresco del siglo XIV, y con ellas se relacionan las más interesantes composiciones de la época, como el gran romance en prosa de *Perceforest* y el *Meliador* de Froissart. Las «buscas» de aventuras, los encantamientos, el poder de las hadas y los hechizos y misterios de toda clase han llegado á ser el fondo de todo relato novelesco. Para la sociedad aris-

su obra á la corte del conde de Foix, en Orthez; Gastón Phoebus, que no dormía y que durante una parte de la noche se hacía leer «hermosas narraciones de caza y hechos de armas de caballeros,» quiso conocer el romance el «Caballero del sol de oro,» por lo que Froissart todos los días se dirigía al castillo, y en la gran sala, en donde había más claridad que «ciertamente en el Paraíso terrenal,» leía en medio del más religioso silencio. La lectura duró seis semanas, á razón de siete hojas



Miniatura del *Misal* de Juvenal de los Ursinos

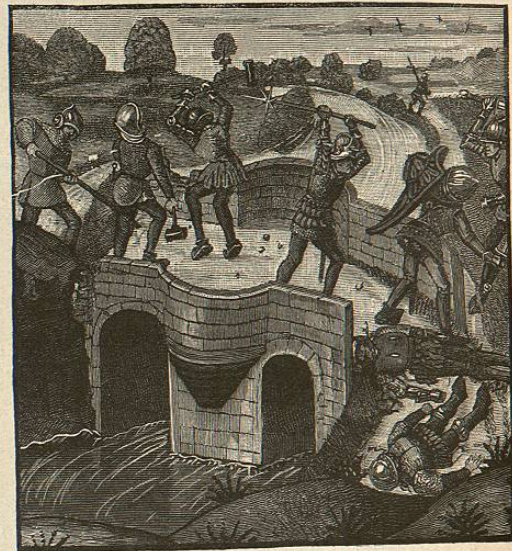
to crática de aquellos tiempos, el mayor atractivo de aquella literatura era que en ella se encontraba todo un sistema de relaciones sentimentales, una especie de código del amor enlazado con los más variados episodios. Correr aventuras y torneos en busca de una dama apenas entrevista, á menudo adivinada al través de una narración ó de un ensueño, amada misteriosamente con amor constante y refinado; vencer obstáculos y dificultades merced á toda suerte de talismanes; dar ejemplo de fidelidad y de honor; ser el más valiente para hacerse digno del favor de la más hermosa, reunir todas las virtudes del caballero andante y todas las sutilezas del amante cortés: tal era el bello sueño que en aquel tiempo de realidades, á menudo tan feas, ofrecían á las inteligencias los Lancelote, Parsifal, Arturo, Saigremor y Tristán.

La obra más característica de este género es el poema *Meliador*, de Froissart, quien lo había escrito á instancia de Wenceslao de Brabante, insertando en él las poesías ligeras de este poeta aficionado. En 1388 llevó

por velada, pues *Meliador* cuenta treinta mil versos cortos de ocho pies, y aún está sin terminar. Es la historia de Hermondina, hija del rey de Escocia, perseguida por el amor brutal del caballero Camel, que hace un llamamiento al amor cortés del caballero que, después de buscar aventuras durante cinco años, sea declarado el más valiente. Finido este plazo, encuentra al caballero deseado en la persona de Meliador, el azul caballero del sol de oro. En la historia de aquellos cinco años de prueba, el poeta halla espacio para todas las invenciones de su imaginación, experta en asuntos caballerescos y nutrida con los recuerdos de la Tabla Redonda: en ella refiere veinte ó treinta combates, cinco grandes torneos y cuatro relatos amorosos. Cinco damas son libertadas de sus groseros enemigos; doscientos caballeros figuran en el primer torneo y mil quinientos sesenta en el último; doscientos cuarenta acometen la empresa de conquistar á Hermondina, y Meliador vence él solo á más de veinte adversarios á cual más temible. Por último, en el gran torneo organizado por el rey

Arturo á orillas del Tweed, termina la acción con siete bodas. Froissart bautizó á sus personajes con nombres sonoros, Meliador, Agamannor, Albanor, Saigremor, Lucanor, Solidamas, etc., y puso en este poema, largo y con harta frecuencia pesado, sus más caras invenciones.

La poesía lírica del siglo XIV era un arte sabio que se aprendía según las reglas más complejas, y en ella no encontramos ya el aire ligero de las canciones de otro tiempo. Eustaquio Deschamps escribió en 1392, sin duda para el duque de Orleans, el arte poética de su



Miniaturas de la traducción del Valerio Máximo, hecha por Simón de Hesdin y Nicolás de Gonesse. (Biblioteca municipal de Breslau.)

tiempo, *Art de dictier*, y entre las varias clases de poemas que en ella enumera, figura en primer término la balada. Compónese ésta de tres ó cinco estrofas escritas sobre las mismas rimas, de un estribillo al final de cada estrofa y de un final dedicado al príncipe, según costumbre, sin duda, de los concursos poéticos denominados Cortes de amor. La repeticón de las rimas y del estribillo producen á veces bellísimos efectos y prestan á esos pequeños poemas cierto movimiento y cierto aire de inocencia y de sencillez; pero la balada aparece con sobrada frecuencia recargada con todas las complicaciones imaginables de ritmo y de rima, de modo que acaba por ser simplemente un esfuerzo de habilidad. Eustaquio Deschamps compuso una que podía leerse de ocho maneras diferentes. La glosa está también de moda; lo que gustaba en este corto poema eran también las ingeniosas repeticiones de versos y de rimas que permitían toda clase de sabias combinaciones. Los poemas de más alto vuelo, las endechas, dichas, lamentos, debates y epístolas, aunque escritos las más de las veces en versos sencillos de ocho ó diez pies, están también sujetos á esa técnica laboriosa. Precisa vencer la fatiga y la repulsión que inspira esta acrobacia perpetua para encontrar de cuando en cuando en esos poemas, grandes y pequeños, la expresión de un sentimiento sencillo. Pero, por lo menos, nos proporcionan en gran abundancia curiosos documentos acerca de la sociedad del siglo XIV.

En ese farrago de poemas y de poetas, Felipe Vitry fué admirado por Petrarca, que le llama «el único poeta galo:» tuvo, según parece, el buen gusto de no escribir mucho; su *Chapel de fleurs de lys* sobre la cruzada de Felipe VI es insignificante, pero en cambio su cortésimo *Dit de Franc-Gontier* es de una poesía rústica, vigorosa. Guillermo de Machaut, «el gran retórico de forma nueva,» fué, por el contrario, muy fecundo, habiendo dejado no menos de ochenta mil versos: un poema frío, *La toma de Alejandría*, gran número de *Dichos*, inspirados á veces por un numen burlón bastante

afortunado, pero llenos con demasiada frecuencia de alegorías y de complicaciones sentimentales, y finalmente varios poemas de circunstancias, como *Confesión de amigo*, en el que los infortunios del rey de Navarra le han inspirado agradables versos. Su obra más curiosa es el *Voir Dit* (Historia verdadera), en el que refiere en nueve mil versos mezclados con prosa sus amores platónicos de sexagenario por una «doncella gentil, joven, guapa, alta y derecha,» á la cual no nombra, y que es, sin duda, imaginaria (1). La dama, admiradora de los poemas de Machaut y deseosa de ser su amiga, le envía un bonito rondó, al cual contesta el poeta con otro rondó y tres baladas, iniciándose de este modo unas relaciones poéticas, mezcladas con algunas cartas en prosa. Al fin el vate quiso ver á su amiga: viejo «basto y poco gracioso» y hasta tuerto, acudió á la cita, inquieto y conturbado; la señora, muy bien ataviada y teniendo debajo del brazo un armiño sujeto con cadena de oro, acogióle graciosamente. Al día siguiente, en un jardín, la dama se duerme en su regazo, y él, temblando, «la besó amorosamente en la boca» sin que su amiga se enfadara. Otra vez volvió á verla en Saint-Denis, en la feria del Lendit, y como las posadas estuvieran llenas, pasaron la noche juntos en la misma cama, y al despedirse, la dama tomó una «llavecita de

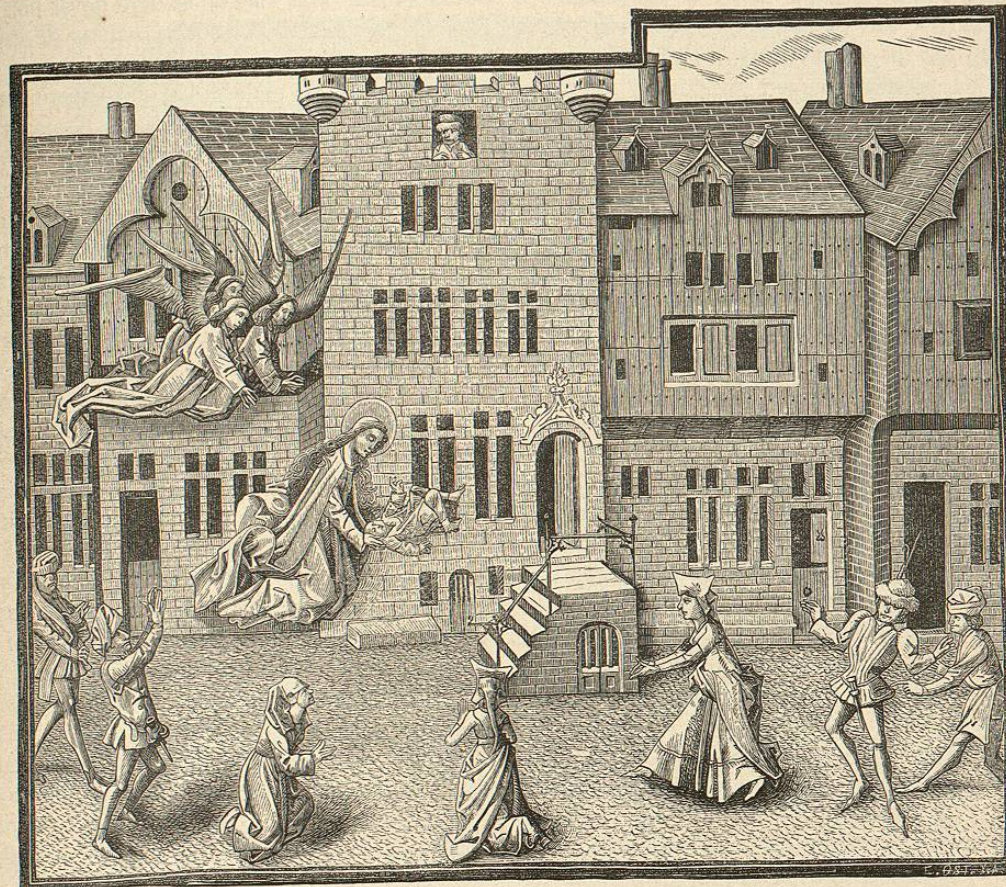
(1) Véase G. Hans Ueber *Guilleame de Machauts Voir Dit* «Zeitschrift für romanische Philologie,» XXII, 1882.

oro,» la llave de su tesoro, y se la dió á guardar. El *Voir Dit*, después de algunos otros incidentes, termina sin conclusión; y la verdad es que no podía tenerla.

Froissart, que compuso muchos versos en su juventud y pocos ó muchos durante toda su vida, ocupa también un puesto en la poesía lírica, ya que celebró el amor cortés con toda la prolijidad y metafísica amorosa de aquel tiempo, utilizando todos los convencionalismos y abusando de la alegoría y de la mitología

de Champaña, nacido en Vertus y de origen muy obscuro; no se le conoce más que por un nombre, Eustaquio, pues Deschamps es un sobrenombre que le vino de una casita que en el campo tenía. En Reims hubo de conocer á Machaut, á quien llama su muy dulce maestro. Siendo joven quiso «saciarse de todo, más de lo que podía;» «parecíame, dice, que era yo un Rolando.» Era muy feo y no nos lo ha ocultado:

«Si algún hombre ha de ser rey de la Fealdad,—por



Miniatura de los Miracles de Notre-Dame, de Juan Mielot

antigua. Los títulos de sus obras tienen toda la afectación entonces tan de moda: *Dulce despedida*, *Paraiso de amores*, *Clavicordio amoroso*, *Reloj amoroso*, *Lindo matorral de juventud*, *Defensa de la Rosa y de la Violeta*, etc.; pero es demasiado encantador y de ingenio sobrado vivo para no haber encontrado nuevos giros y frases felices acerca del amor, que es «sentido y vida,» y cuyas mismas tristezas son dulces: «á nada conduce la melancolía,» dice. Sus amores, por otra parte, sólo le han producido una melancolía pasajera. Agradábale la vida y cantaba con gusto las alegrías. En su curato de les Estinnes ha descrito alegremente las pequeñas dichás de una dulce existencia epicúrea:

«Cuando veo valles y montes—y vides en carros y en parrales,—digo que el país es bueno,—y destapo mis oídos—cuando oigo derramarse el vino de las botellas.»

Eustaquio Deschamps escribió ochenta y dos mil versos, distribuidos en mil seiscientos setenta y cinco baladas, seiscientos setenta y un rondós, ochenta *virelais*, catorce *lais*, veintiocho farsas, quejas y tratados y diez y siete letras. Como Vitry y Machaut, era oriundo

mucha fealdad que pueda encontrarse,—lo debo ser yo por razón y justicia,—porque tengo la jeta como una cabeza de jabalí—y me parezco bastante á los monos.»

Habiendo sido en un principio mensajero al servicio de Carlos V, visitó Jerusalén, Egipto y Galilea, por lo menos así lo dice; lo que sí es cierto es que estuvo en Bohemia y en Moravia. Según él, quien no ha visto muchos países no ha visto nada; esto no obstante, gustábanle muy poco las aventuras, y se encontraba mal dondequiera que corriese peligro de recibir algún golpe. Se lamenta de haber sufrido una contusión en un torneo de Praga. Dos cosas le horrorizaban más que todas: la mala cocina y la mala cama.

A pesar de haberse visto colmado de honores, agrióse su carácter con los años. El matrimonio le disgustó: «Ahora tengo sobre mí el veneno de mujer,» dice. Sus dos hijos no hicieron más que estorbarle y mortificarle. Ya no siente la necesidad y ello le desconsuela:

«Adiós, Primavera; adiós, estación joven,—cuyos placeres son dulces para todas las criaturas.—Adiós, amores; adiós, noble casa—en otro tiempo llena de flores y de verdura.—Adiós, verano, otoño que poco dura.—Ya